

nalgas y los senos... Era en plena tarde de verano y no había nadie para atender, por otra parte ya me imaginaba esto. Quise cambiar esa escena ridícula por otra más interesante pero el intento era frenado por nuevos dolores desconocidos. Volví a intentarlo en forma brusca y otra vez las imágenes pasaron de manera desordenada, no supe mover mi cabeza con la precisión adecuada como lo había hecho Pereda. La deformación fue mucho peor, llegué a preocuparme por el resto de los vecinos, las paredes se derretían y la luz se cortaba dejándome a oscuras. Comencé a oír pasos apurados y voces que gritaban "hubo un nuevo descontrol, hay que actuar de inmediato", mientras yo veía en la pantalla una humareda que, de a poco, iba mostrándome un cielo azul claro.

Hasta ese momento no presté atención a los pasos y las voces enloquecidas que cada vez estaban más cerca; ese cielo era tan límpido que no podía dejar de explorarlo y de fijarme en sus nubes transparentes. No me percaté de la capucha negra con que me enfundaron violentamente.

Ahora supongo que no veré más a ninguno de los dos cielos. Todavía no he conocido a mis captores y nadie me dijo por qué estoy en este sótano... quizás esas explicaciones se hallan quedado entre los marcos retorcidos de mi espejo.

UNA NUBE OSCURA

Yo sentía el frío penetrándome los huesos astillados sin que la campera rota pudiera frenarlo, los zapatos gastados pisando las veredas húmedas y transmitiendo pinchazos que me amorataban los pies... ¿Y todo para qué? Si después de haber gastado el último boleto siempre fue igual, las calles se parecían unas a otras como calcos de un mismo original, las paredes apenas mostraban alguna puerta o ventana en diferente lugar; pero siempre cerradas. Desde que me dieron todas aquellas explicaciones incomprensibles y me las hicieron repetir por escrito diciéndome que ya estaba preparado me sentí mareado. Veía todo confuso y deforme, una nube oscura envolvía aquello que miraba y no lo dejaba tocar, porque se deshacía entre los dedos. Apenas emita un sonido ronco, difícil de oír. Tratando de saber qué era lo que me pasaba, recorrí las casas de mis amigos, pero me di cuenta de que estaban como yo. Me miraban y decían verme pálido, demacrado, con profundas arrugas que me surcaban todo el cuerpo... Nadie se veía realmente bien, entonces decidimos separarnos, buscar para comprender qué nos estaba pasando. Aproveché el último mes de boletos y decidí buscar en los ómnibus, me subía en ellos e inmediatamente el guarda me cortaba un boleto, me acomodaba entre los pasajeros y miraba el

tiempo que quería para cualquier lado.

De nada me servía. Las personas aparecían confusas y deformes, la nube oscura las envolvía y ellas cuchicheaban con un sonido ronco e imperceptible. Cuando intentaba acercarme y tocarles el hombro para preguntarles qué pasaba, enrojecían de rabia, insultaban en voz alta y me denunciaban al guarda que de inmediato se ponía de pie y me arrojaba por la puerta con el ómnibus en marcha, golpeándome contra el pavimento húmedo que me rompía la campera y me astillaba los huesos. Al terminármese los boletos tuve que seguir caminando y sentir cómo mis zapatos se gastaban poco a poco hasta quedar sólo las plantillas que no podían impedir el amoratamiento de mis pies y el dolor de mis huesos.

Una noche, recostado contra una pared, me pareció ver una luz débil que surgía a ras de la vereda, rompiendo el monótono paisaje de puertas y ventanas oscuras y cerradas. Cruzé la calle y acercándome receloso, temí que de esa luz enfermiza pudiera salir alguna de las personas que me habían dado sus explicaciones incomprensibles y me tomaran de un brazo para que se las repitiera nuevamente. Me paré frente al foco y no salió nadie, la luz apenas titilante dejó ver una puerta abierta por donde parecía escaparse. Una escalera mostraba el excitante rumor de voces y un calor de estufa al final del pasillo estrecho.

Bajé la escalera y recorrí el pasillo con miedo, mirando a todas partes para ponerme

a la defensiva, por si aparecía algún portero e intentaba golpearme y arrojarme a la calle. No apareció ninguno, el pasillo se terminó en una gran arcada, el calor de la estufa crecía cada vez más y me condujo hacia un bar de mesitas redondas y sillas de madera donde había personas que charlaban sin darme importancia.

Busqué una mesa desocupada y me senté, alguien me sirvió un cortado con dos medialunas, no pude ver quién era; miré hacia todos lados y me di cuenta que allí adentro nada estaba cubierto por la nube oscura. Las cosas y las personas se veían nítidamente, sin deformaciones. Eran jóvenes los que estaban en ese bar, puse más atención en ellos y noté que todos estaban heridos o mutilados. Les faltaba algún ojo o un brazo y muchos tenían un par de muletas apoyadas en su mesa. Me pareció horrible ese espectáculo, intenté levantarme e irme pero mis huesos astillados hicieron recorrer un dolor agudo por mi cuerpo; tuve que volver a sentarme despacio y respirar hondo.

Mientras el dolor iba aflojando, me saqué la campera y la puse en el respaldo de la silla. El calor le hacía bien a mis huesos y me desamorataba los pies, toqué el vaso y todavía estaba caliente. Mojó una medialuna en el cortado y traté de comer sin mirar para ningún lado; apenas levantaba la vista cuando bebía y la volvía a bajar con el vaso. Pensé en lo que haría cuando terminara el cortado, no tenía dinero para pagar y no sabía quién me lo había servido; lo mejor sería levantarme e irme con

disímulo.

Una sombra salió de mi espalda y me puso una mano sobre el hombro; sentí miedo, traté de encontrar en mi memoria alguna explicación para decir que no podía pagar el cortado, la sombra arrastró una silla de una mesa vecina y se sentó a mi lado.

-¿Cómo te va? ... ¿no me conocés?

Pude ver un rostro desfigurado, lleno de rasguños e hinchado por moretones, tardé un poco en reconocerlo y encontrarle un parecido con uno de mis amigos.

-¡Sergio!... ¡qué hacés! -pregunté.

-Lo mismo que todos, mirá que demoraste en llegar, ¿eh?

-¿Cómo que demoré en llegar?, decime... ¿qué es esto?

-El lugar donde venimos a parar todos, por ahí andan los demás de la barra y también compañeros de clase; ¡ya los vas a ver!... a propósito, a vos te fue bastante bien, ¿eh?

-¿Qué me fue bien?, tengo los huesos astillados, me tiraban de los ómnibus en marcha cuando preguntaba qué pasaba...

-¿Y todavía te quejás?, ¿no viste cómo andan los demás?... a mí me golpearon con un fierro y me cortaron con una sierra eléctrica cuando pregunté lo mismo, con todo tuve suerte y me pude escapar.

El brazo izquierdo de Sergio no aparecía por ningún lado, sólo vi la manga delgada que terminaba en el bolsillo del saco.

-Decime Sergio, podés prestarme plata para el cortado, cuando tenga te la devuelvo.

-Ah, no te preocupes, aquí son fenómenos,

no te cobran, podés quedarte todo el tiempo que quieras y no te dicen nada... hasta te sacan el mareo aquél, ¿te acordás?

-¡No me voy a acordar!, si todavía lo tengo.

-Me hubieras dicho, ellos te lo sacan en seguida.

-¿Quiénes son ellos?

-Los que no te cobran el cortado, esperá...

Sergio tanteó con su única mano debajo de la mesa, me sonrió, una chicharra sonó en el bar y todos miraron hacia nuestra mesa.

-¡Hay un compañero nuevo que todavía tiene el mareo! -gritó Sergio -¡vamos a ayudarlo!

De inmediato se pararon como pudieron, apoyándose en sus muletas o en el hombro de algún compañero, corrieron las sillas y las mesas y miraron a los cuatro costados del lugar. Observaron con impaciencia hasta que unos golpes estridentes empezaron a sacudir las paredes, un sonido agudo penetró mis oídos y volvió a sacudir mis huesos astillados; no soporté y me caí de rodillas. Desde el suelo, miraba sus caras deformes y sonrientes, "no te preocupes, es el proceso normal" me decían y empezaron a moverse en un baile grotesco mientras los golpes y el sonido se iban convirtiendo en una especie de música. El mareo se fue, y empezaron a encenderse luces multicolores y a poblar el local personas que parecían desprendidas de ellas. La música los hacía crecer, y andaban entre nosotros pinchándonos el brazo con una jeringa; mirarlos era lo único que podía hacer.

Una mujer con el pelo verde se paró sobre

mi mesa y empezó a bailar provocativamente, apretaba sus senos y acariciaba su sexo sobre el conjunto de raso que llevaba puesto. Intenté pararme y tocarla pero ella me miró con desprecio, me empujó hacia un costado, se bajó de la mesa y se fue insultándome. Todos me miraron sorprendidos, yo no entendía nada, había muchas mujeres bailando provocativamente pero nadie les prestaba atención; sólo seguían el compás de la música. Dos hombres grandes surgieron de las luces con mayor intensidad, se abrieron paso empujando a quienes estorbaban en su camino y se dirigieron a mí. Me llevaron por la fuerza a un rincón que no había sido iluminado con las luces multicolores, uno de ellos me empujó contra la pared volviéndome a recordar el dolor de mis huesos y las humillaciones pasadas.

-¡No sabés que a ellas no las podés tocar! -me dijo.

-No, no sabía.

-¡Bueno!... no las podés tocar... ahora vas a tener que irte.

El otro hombre fue hasta mi mesa, sacó la campera del respaldo de la silla, se acercó a mí y me la tiró sobre el pecho.

-Tomá esta porquería... ¡ahora andate!

Me despegué de a poco de la pared, empecé a caminar de costado sin dejar de mirar a los dos hombres que seguían cada uno de mis movimientos. Al llegar a la arcada les di bruscamente la espalda y corrí hacia la escalera; en dos zancadas estuve en la calle.

Apenas oía el ruido de la música, un sol

indeciso calentaba las veredas simétricas aburridas, alumbrándome un lugar diferente, lleno de personas que se preguntaban lo que no comprendían. Tampoco ellos parecían mareados, se explicaban claramente lo que veían, destruyendo las memorizaciones inconducentes y los preconceitos fijados; no vi ninguna nube oscura que los envolviera. No había ruido de música ni luces multicolores, apenas algunas sillas y bancos donde se sentaban hombres y mujeres a conversar sin provocarse; mostrando sus heridas y mutilaciones.

Aún hacía frío, me volví a poner la campera rota, intentando no pensar en el dolor que nuevamente me invadía después de la corrida. Dudando acerca de lo que el sol me había mostrado en algún lugar de la ciudad, empecé a caminar despacio. Quise precisar dónde se encontraban aquellas personas y comencé la destrucción de las monótonas calles, repetidas hasta casi el infinito... Pero sólo lograba volver a sentir el frío amaratador en mis pies y el dolor cortante de mis huesos astillados.

LA HORA DE LA SIESTA

Nadie recordaba lo que había detrás de la podrida empalizada hasta que el tiempo aflojó una tabla y dejó mirar hacia adentro. En el pueblo todos pasaban por la vereda y se paraban para intentar mirar, pero ninguno se animaba a separar un poco más la tabla y acercar la cara al hueco oscuro. Nosotros tuvimos que escaparnos para poder apartarla y meternos en aquella oscuridad vieja y húmeda, que al principio tan bien contrastaba con el apabullante calor de la siesta veraniega. Creímos encontrar el lugar adecuado para escondernos y establecer el cuartel general. No tendríamos que pedirte permiso a nadie para utilizar su fondo o su garaje, ahora bastaba con prender algunas velas y recorrer la empalizada y la pared que nos cerraba el paso. Mientras tanto, era mejor no adentrarse en la espesura de los pastos, habíamos sentido las cosquillas molestas de sus puntas entre las piernas y nuestra presencia habría alertado a las arañas. Descansáramos cerca de la abertura y disfrutaríamos el primer territorio conquistado, esperando la entrada de la tardecita para ir a conseguir las velas.

Sobre el espacio iluminado, planificamos las futuras operaciones, "la primera medida será mantener en secreto el cuartel" dije yo, "atacaremos a los del otro lado cuando hayamos reconocido el área conquistada" agregó